

HABLANDO DE COOPERACION*

En la medida en que nuestro trabajo crece y toma formas orgánicas y/o institucionales, también crece la necesidad de reconocer a fondo los nuevos terrenos que pisamos. En una época marcada por la ampliación y multiplicación de las relaciones internacionales, la cooperación y sus diferentes variantes: agencias de desarrollo, gobiernos con ministerios de cooperación, organismos de Naciones Unidas, etc., van apareciendo en nuestras vidas y en nuestras prácticas... para bien y para mal.

En muchas ocasiones nos contentamos con ser receptoras pasivas de esa cooperación, o beligerantes y combativas contra toda «ayuda externa» que pueda manchar la pureza de nuestros propósitos.

Ambas posiciones nos remiten a juegos que las mujeres conocemos de viejo: la sumisión o la rebeldía ciega. Ninguna contribuye a ampliar nuestros espacios de poder en el mundo público, ni a transformar estos espacios en lugares para crecer y avanzar hacia nuestros objetivos igualitarios.

El presente número de «Quehaceres» trata de poner su granito

de arena en un proceso que se está desarrollando vertiginosamente, pero paralelo a nuestra práctica: el cambio de las relaciones de intercambio entre las ONG de los países desarrollados y las ONG del Tercer Mundo.

Los intentos de romper la relación enajenante donante-receptor; la búsqueda de formas de cooperación que relacionen los problemas de las grandes masas del Primer Mundo con los nuestros para que dejemos de ser vistos como pueblos con mala suerte y peor destino; la necesidad de que los pueblos «ricos» comprendan y aprendan de nuestras peculiares formas de «riqueza», de nuestra resistencia y nuestra lucha, de nuestro decidido compromiso con la esperanza, todo esto, decimos, debe contar con la presencia activa y el aporte de las mujeres.

Los documentos aquí presentados tratan de acercarnos más a ese mundo de la cooperación internacional y de las ONG, mostrando algunas de las acciones en marcha o la alegría de saber que en el Norte contamos con mujeres-amigas que desde sus espacios luchan con nosotras. Buscan, en fin, darnos herramientas para trabajar más y mejor en este nuevo frente de lucha.

LA COOPERACION SI ES ASUNTO DE MUJERES

Desarrollo... proyectos... agencias donantes... ONG... cooperación Norte-Sur... todo formó parte de un nuevo vocabulario y algo más que irrumpió en la vida de nosotras, mujeres, en la década de los 70. Perplejas, entusiasmadas o empujadas, entramos al juego.

Veinte años después saboreamos el gusto amargo de los incontables fracasos, de los proyectos a los que nos acercamos con ilusión y que dejan como única huella la jaula vacía donde soñamos ver los lustrosos conejos o la floreciente cría de gallinas, o el local donde instaláramos el taller o el policlinico, o...

Recordamos a la asesora, la consultora, la cooperante, la evaluadora, todos los nombres nuevos relacionados con ese amigo lejano, de nombre impronunciable en nuestra lengua, que nos daba su apoyo, su ayuda, no un regalo, no una limosna a cambio de que siguiésemos los consejos de la asesora, consultora, voluntaria, cooperante, que consideraba que cuidar apiarios -a pesar del temar a las abejas de las socias- era mejor que aprender a coser o hacer manualidades, como querían las mujeres el club, del centro.

Más tarde, ya en los 80, otras mujeres, de otros sectores sociales, se acercan también a las agencias. Algunas hablan el lenguaje enredado y pudieron negociar desde una posición menos desigual. Querían apoyo para estudiar, para analizar, para educar, para informar, para promover ideas. Algunas agencias viraron la cara: «eso no es desarrollo». Otras pensaron: «ellas pueden ser útiles para llegar a las más pobres mientras éstas aprenden a sacar las interminables cuentas, informes, recibos, pruebas, que necesitamos para asegurar que el dinero va donde... queremos que vaya». Otras, donde sus propias mujeres comenzaban

a protestar incómodas ciertos métodos y líneas de trabajo, abrieron sus áreas y entregaron algo de apoyo, de ayuda.

«Y así nos vimos, mujeres de este vasto Tercer Mundo, campesinas, pobladoras urbanas, intelectuales y educadoras, metidas de lleno en la cooperación internacional, en la flamante cooperación Norte-Sur. Sin saberlo, y a veces incluso sin quererlo, entramos a un ajedrez que se jugaba y aun se juega con nosotras, pero sólo como fichas.

Paralelamente a nuestra inclusión en este mundo-juego, las ONG involucradas en programas de desarrollo dirigidas a los hombres crecen en número, en tamaño e influencia. También en sus relaciones, posibilitando la construcción de momentos de encuentros, de intercambios de experiencias que les permitieron mirar hacia el interior de sus propios trabajos, pero muy especialmente empezar a cuestionar su relación con las agencias del Norte.

Poco a poco, el movimiento ha ido creciendo y empieza a usar un lenguaje más directo, dando una visión más profunda de los problemas, una exigencia mayor sobre quien toma las decisiones y sobre el papel de las ONG intermediarias, tan despreciativamente mirado por las agencias.

Las ONG del Tercer Mundo (fundamentalmente dirigidas por hombres) empiezan a exigir un lugar en el ajedrez, ya no como fichas, como peones del mismo, sino como jugadores en igualdad de condiciones. Cada vez más crece la tensión entre las que reciben ayuda y las que dan ayuda.



Ya muchas ONG no están dispuestas a sufrir los efectos negativos de proyectos y programas salidos de las mentes y las oficinas de consultores y asesores sin contacto con realidad, ni a seguir el juego paternalista de mantener «beneficiarios» que sean fotografiados en las rápidas visitas de los evaluadores. La necesidad de mirar hacia nuestros iguales y fortalecer la relación y el intercambio Sur-Sur surge con fuerza.

Las mujeres, que además de recibir las migajas de la cooperación internacional hemos sido el grupo social que más fracasos ha vivido en la larga experimentación de la «ayuda al desarrollo», nos hemos quedado fuera de ese proceso de despertar y de búsqueda de un nuevo sentido de cooperación. Y no es por falta de experiencia pues, a despecho de los magros financiamientos, de la falta de interés de las agencias y de nuestra inexperiencia en el mundo público, hemos logrado construir un poderoso sistema de intercambio que traspasa fronteras y continentes y que, basándose en nuestra opresión común, trata de intercambiar experiencias de resistencia y de cambio en todo el planeta.

La experiencia de comunicación entre grupos de mujeres realizada con pocos fondos y mucha independencia, nos ha dado

la posibilidad de proclamar nuestra visión de que necesitamos cambios profundos y no sólo acciones parciales. Es esa visión la que debe ser incorporada activamente al debate ya abierto sobre la cooperación Norte-Sur, sobre la necesidad de mayores relaciones entre los grupos del Tercer Mundo.

Para nosotras, que vivimos la desigualdad como una realidad cotidiana, alcanzar con las ONG del Norte una relación de pares, es fundamental. Sólo una relación igualitaria hará posible que los proyectos y programas de mujeres dejen de recibir los sobantes de la cooperación internacional y que los términos de esta cooperación sean definidos por nosotras a partir del conocimiento de nuestra realidad específica y destinados a superar nuestra condición de subordinación, y no sólo a poner parches a la misma.

Es por eso que planteamos que la cooperación internacional, su status actual, sus juegos y sus reglas, sí son asunto de mujeres y, como tales, debemos ponerla en nuestra agenda.

* Quehaceres, CIPAF, 19-11-88, N.º 10.

A CASI 500 AÑOS DE COLONIALISMO, LA MUJER BORICUA PRESENTE *

La historia de las mujeres puertorriqueñas es una historia de lucha. Al igual que en otros países, en Puerto Rico han sido muchas las mujeres que se han mantenido integradas al proceso de liberación nacional.

Las mujeres continúan tomando parte importante en la vida política de Puerto Rico. Va en crecimiento su participación activa en Sindicatos, Partidos, Organizaciones Revolucionarias y Feministas.

Las mujeres sufren doble represión porque se utiliza su condición de mujer para hostigarlas y castigarlas por sus creencias políticas.

Uno de los casos más dramáticos, en los últimos años, es el de Alejandrina Torres, prisionera de guerra puertorriqueña, quien estuvo confinada en una Unidad de Control en LEXINGTON, KENTUCKY, EE.UU. y cuyo caso ha sido divulgado internacionalmente.

El apoyo generado en torno al caso de Alejandrina fue factor determinante en lograr un mejoramiento en sus condiciones carcelarias. El resurgimiento de Organizaciones de mujeres en estos últimos tiempos da lugar a la discusión de la importancia de la participación política de las mujeres.

Estas Organizaciones incluyen entre sus programas de trabajo tareas dirigidas a la lucha por la solución de los problemas que aquejan particularmente a las mujeres.

Estas tareas se visualizan como de suma importancia para

impulsar que las mujeres tomen conciencia de la necesidad de la participación política y de la integración efectiva en todas las áreas del proceso social dirigido a la construcción de una nueva Nación puertorriqueña liberada, justa e igualitaria.

Las comunidades pobres puertorriqueñas enfrentan una serie de dificultades como lo son, bajos niveles de ingresos, altos niveles de desempleo y subempleo; deficiencia de los servicios de salud; pobre calidad de la instrucción escolar, falta de viviendas adecuadas y niveles altos de analfabetismo.

En estas comunidades son muchas las mujeres que ejercen la responsabilidad de sus familias. Esto señala que un gran número de mujeres tienen la responsabilidad de sostener emocionalmente y económicamente a sus familias, en situaciones de un deterioro generalizado en la calidad de vida. Además, de ser responsables de toda esta carga, enfrentan también dificultades como mujeres: falta de suficientes centros adecuados para el cuidado de los niños, violencia doméstica y hostigamiento sexual por parte de funcionarios y patronos.

En varias comunidades puertorriqueñas, han surgido grupos de mujeres que se han organizado para defender sus derechos y los de sus comunidades y para desarrollar alternativas propias para atender sus necesidades. En muchos de estos grupos, aunque participan hombres, las mujeres tienen una participación mayoritaria.

* Mujeres del Continente. Frente Continental de Mujeres Sep-Oct 1990.

